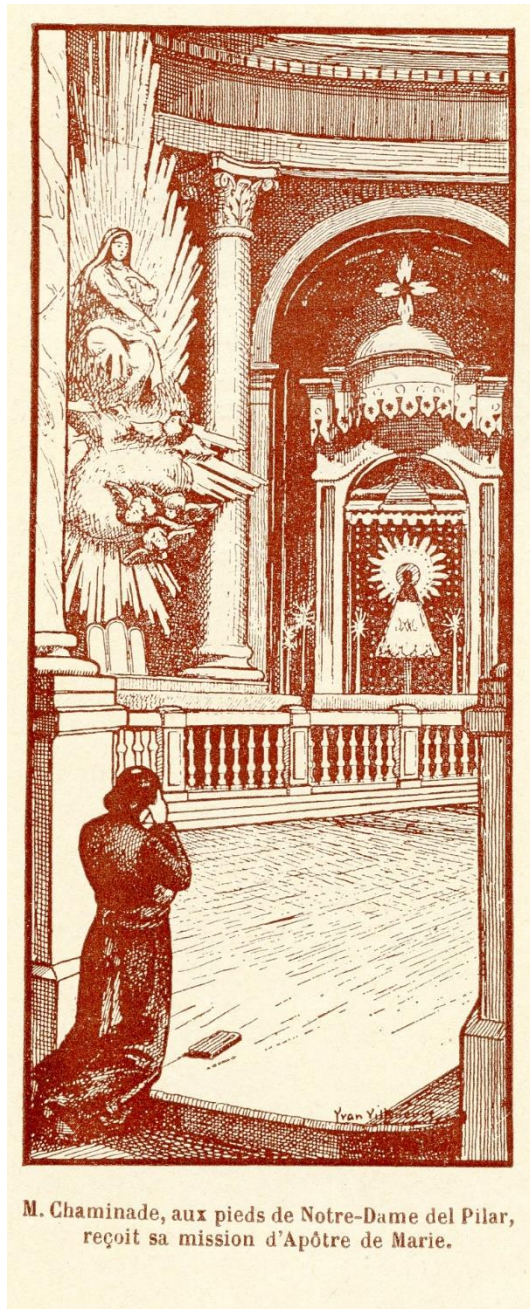


Peregrinación a Zaragoza con G.-José Chaminade

"Por fin llegamos, tras días de transporte público y caminatas, pero ¿qué ocurría la noche del 11 de octubre de 1797? Todo el pueblo se engalana con banderas y comienza la procesión de la Virgen del Pilar. Mi compañero, Guillaume Bouet, estaba embargado por la emoción y nuestras lágrimas fluían, dulces y amargas al mismo tiempo, después de todo lo que habíamos vivido durante el Terror y en un momento en que la misión se reanudaba, mi oratorio estaba lleno y yo había reconciliado a tantos sacerdotes con la Iglesia católica romana. ¿Qué quiere decirme Dios? ¿Cuál es su plan para mí, Guillermo-José y para mi hermano Louis, que debería unirse a nosotros?

En Mussidan, aparte de los problemas económicos, teníamos nuestras rutinas y estudié matemáticas y física en profundidad. Para ello, no dudé en viajar: Burdeos, Toulouse, Marsella, París... Todo ello sin olvidar lo esencial: mi consagración a Dios y a María. Por eso, cuando quisieron que prestáramos juramento sobre la Constitución Civil del Clero, nos negamos: nuestro "no" fue categórico. Dejé atrás a mi hermano y al abate Moze y partí hacia Burdeos para instalarme con nuestros padres y encontrarme con viejos conocidos, padres de alumnos y con el vicario general Langoiran, que me estaba esperando. Tuvimos que pasar página y adaptarnos.



Durante el Terror, mi ministerio se redujo al mínimo. He de reconocer que, aparte del miedo, me gustaba gastar bromas a mis perseguidores cambiando de vestuario de trabajo, pero, sobre todo, tenía una confianza absoluta en la Inmaculada Concepción, que me protegió muchas veces. Tenía mi oratorio en las afueras de Sainte-Eulalie, con varias salidas posibles, y no estaba demasiado lejos de Saint-Laurent para saludar a mis ancianos padres. Acabado el Terror, abrí mi oratorio en mi domicilio legal de la calle Dabadie, que pronto se quedó pequeño, y me trasladé a la calle Sainte-Eulalie (actual Paul-Louis-Lande). Dios me hizo comprender que había que empezar por los jóvenes para regenerar la sociedad. Se había formado un pequeño grupo y acompañé a varios de ellos, en particular a la antigua noble, la ciudadana Lamourous (el "de" ya no está permitido). Estaba angustiada por mi partida, pero le prometí escribirle, con la esperanza de encontrar una forma segura de hacer llegar las cartas...

Y aquí estamos en Zaragoza. Seguramente la Virgen me esperaba, allí en su columna, para hablarme al corazón. Con otros sacerdotes, cultivamos la virtud de la esperanza y preparamos planes misioneros. Aquí tenemos que ganarnos la vida, y modelamos

estatuas de escayola y flores de papel, todas blancas. Sin embargo el físico que hay en mí utiliza ciertos procesos para que, sumergiéndolas en una mezcla secreta, ante la mirada atónita de la gente, se vuelvan de todos los colores. Sí, una vez más hemos tenido que adaptarnos.

Durante estos tres años de exilio, la Virgen ha trabajado en mi corazón. He comprendido que debemos ser fuertes en la fe, como la columna incommovible; he comprendido, como el apóstol Santiago, que nos envía a la misión en la fe, la esperanza y la caridad. Estoy impaciente por regresar, pero tendremos que esperar un poco más. Mientras tanto, paso horas a los pies de Nuestra Señora del Pilar, como la llaman aquí. Sí, estoy seguro, ¡la Inmaculada Concepción triunfará!"

Para tu reflexión tras la lectura de este texto:

¿Cómo nos adaptamos al cambio?

¿Es la fe el motor de nuestras vidas?

¿Cuál es nuestra esperanza?

¿Cuál es nuestra relación con María Inmaculada Concepción?